



CARTA DE MADRID

Llega Jack el Cenizo

Les ruego que antes de leer este artículo toquen madera, crucen los dedos, se santigüen los creyentes y hasta aspérgense con agua bendita, como yo lo hago (las dos primeras cosas) antes de escribirlo. Porque voy a glosar una de las cartas más macabras y cenizas que puedan imaginarse, y que acabo de recibir de una empresa de tarjetas de plástico o crédito que a partir de ahora usaré –mi tarjeta– lo menos posible y palpándome siempre mucho, por más de un motivo.

La empresa en cuestión me ofrece con gran ufanía, como a tantos de sus clientes, supongo, un seguro de “Protección Personalizada” contra la “invalidez permanente absoluta o parcial por accidente”. Se me adjunta un listado con los “riesgos cubiertos” por la póliza, concebido y redactado sin duda por un

émulo tímido de Jack el Destripador, que muestra un curioso sentido de la valoración de las pérdidas. Lo cierto es que el afán de regularlo y detallarlo todo, de no dejar nada al azar ni a la improvisación ni a la espontaneidad, está convirtiendo nuestro mundo en un lugar de lo más siniestro. Porque, vean: la “invalidez permanente absoluta” merece a ojos de esta empresa una indemnización de diez millones de pesetas. Todo se complica, sin embargo, cuando se trata de “invalidez permanente parcial”. Les diré, para su información, que la “pérdida total del brazo o la mano” está tasada en seis millones en el caso de que sean los derechos y en cinco si son los izquierdos. Veo aquí una discriminación brutal contra los zurdos, y yo, francamente, soy muy zurdo. La verdad, no sé por qué mi mano derecha vale un millón más que mi izquierda cuando resulta que con ésta: a) escribo y me gano la vida; b) acaricio; c) empuño el tenedor y la cuchara; d) marco los números de teléfono; e) llegado el caso,

pego y disparo. Ya me dirán cuál de las dos me es más valiosa y útil. Pero la discriminación continúa con la “pérdida total del movimiento del hombro” (tres millones el derecho, dos el izquierdo), la del “movimiento del codo o la muñeca” (dos y uno y medio), la del “pulgar y el índice de la mano” (cuatro y tres), así como con las siguientes eventualidades, pensadas por alguien un poco enfermo: “pérdida de tres dedos de la mano, que no sean pulgar e índice” (me pregunto el precio si entre esos tres dedos estuviera el índice pero no el pulgar, o el pulgar pero no el índice); “del pulgar y otro que no sea el índice”; “de tres dedos, incluidos pulgar e índice”; “del índice y de otro que no sea el pulgar”. Todo ello muy frecuente, infiero. Y dicho sea de paso, no hay dos tasaciones iguales, cada disparatado y agorero caso de los aquí enunciados la tiene diferente, y siempre, claro, a favor de la mano derecha, con la que no estoy precisamente escribiendo esta columna tan lúgubre. El listado prosigue, no crean, y tenemos: “pérdida del pulgar”; “del índice”; “del medio, anular o meñique” (al primero se lo ha llamado siempre, por cierto, “corazón” en castellano); “de dos de estos últimos”. Y así llegamos por fin a la “pérdida de una pierna o pie”, por la que nos dan cinco millones, sean derechos o izquierdos; algo menos sacamos (cuatro) por la “amputación parcial de un pie, incluidos todos los dedos” (me pregunto cuánto dejaríamos de ingresar si conserváramos uno o dos dedos, seguro que un millón por lo menos).

Y aquí desembocamos, de pronto, en posibilidades aún más tétricas: pues sepan que la “ablación de la mandíbula inferior” vale tres kilos, ya pueden llevar cuidado con esa mandíbula, porque la superior no aparece, o quizá es que ésta no puede ser objeto de “ablación”, se disculpe mi ignorancia; la “sordera completa de un oído” se nos pone en un millón solamente (serán dos si nos quedamos como una tapia); en cuanto a la “pérdida total de un ojo o reducción a la mitad de visión binocular”, tres kilos sueltan por esto, mira; por “fractura

no consolidada de una pierna o un pie”, dos y medio, y dos nada más si es de “rótula”; y por la “pérdida total del movimiento de una cadera o una rodilla”, otros dos. Luego viene algo levemente enigmático, aunque tampoco vale gran cosa. El “acortamiento por lo menos de cinco centímetros de un miembro inferior” se tasa en kilo y medio, si bien deberían especificar qué se entiende por “miembro inferior”, dado el abuso de que es objeto este término, últimamente, en las televisiones. Por último, la “pérdida del pulgar de un pie” se pone en un kilo, mientras que la de “otro dedo de un pie”, tan sólo en medio.

Hasta aquí cubre el seguro, americano en su origen tenía que ser. Pero, ya puestos a resultar macabros, no sé por qué no se valoran las pérdidas de pulmones, hígado, riñones y demás órganos no a la vista. Claro que, de haber entrado en ese detalle, tendría que haber titulado por fuerza este artículo “Vuelve Jack el Destripador”. Como no se han atrevido, lo dejo en lo que lo dejo. Bien, ya pueden ustedes soltar la madera y descruzar los dedos, si es que no han perdido alguno, barato o caro, mientras leían. —

— JAVIER MARÍAS

HISTORIA

Intelectuales indígenas del siglo XVI

Es casi un lugar común afirmar que cada nación, o al menos cada ideología nacionalista, necesita sus creadores intelectuales: los escritores, historiadores y filósofos que definen la identidad nacional y le inventan un pasado. Aunque la palestra de los progenitores del nacionalismo mexicano está ya sobrepoblada, rara vez se incluye en ella a unos personajes clave, a los que la nación mexicana debe su identificación con el pasado indígena, un sentimiento que nos ha dado símbolos nacionales, espectaculares museos e incontables atractivos turísticos. Estos son los intelectuales nahuas del siglo XVI y XVII, verdaderos cosmopolitas

capaces de escribir en náhuatl, español o latín, y que conocían a fondo la cultura indígena, la española y la clásica. Como descendientes de los gobernantes prehispánicos de México, Tetzaco, Chalco y Cuauhtitlan, buscaron conservar sus privilegios bajo el régimen colonial español por medio de la cooperación con los nuevos dominadores. Fueron educados esmeradamente por los grandes maestros de las órdenes religiosas, que querían convertirlos en un clero indígena encargado directamente de la cristianización de sus congéneres. En escuelas como el convento de Santiago Tlatelolco se les enseñó teología y los principales elementos de la tradición intelectual clásica, a la vez que se aprovechó su conocimiento de las tradiciones indígenas para colaborar en la realización de las grandes obras de los frailes sobre las culturas nativas, como la de Bernardino de Sahagún.

Estos intelectuales sirvieron, pues, de intérpretes de los complejos conceptos religiosos y culturales de sus dos culturas, tanto para predicar el catolicismo entre los indios como para explicar a los frailes las sutilezas de la religión y cosmovisión indígenas. Por ello su posición política y cultural era inevitablemente ambigua. Por un lado, como fieles colaboradores del orden colonial gozaban de importantes privilegios y poderes y, seguramente, eran cristianos sinceros. Por el otro, como orgullosos miembros de la élite indígena defendían el poder de su grupo y, seguramente, compartían muchas de las creencias, prácticas y conocimientos de sus antepasados. Para mantener esta equívoca posición tenían que mantener contentos tanto a sus intolerantes patrones españoles como a sus exigentes y resentidos aliados indígenas.

Fue desde esta contradictoria situación que los intelectuales indígenas coloniales realizaron su gran empresa cultural y política: transcribir y traducir la historia indígena a libros escritos en alfabeto latino y a términos que resultarían comprensibles y aceptables a los españoles y pudieran así servir para consolidar la posición privilegiada de

su grupo. Esta labor no sólo implicó transcribir a una nueva forma de escritura los antiguos códices pictográficos y tradiciones orales, supuso también la explicación de los complejos conceptos políticos indígenas, la conversión de sus plurales cronologías a la occidental, así como la cristianización, aunque fuera aparente, de los elementos religiosos y mágicos de las historias. Sin embargo, a la vez, los historiadores nahuas tenían que mantenerse fieles a los contenidos y los valores esenciales de la historia prehispánica para que ésta siguiera siendo fuente de identificación y orgullo para ellos y sus compatriotas.

Sus obras históricas son producto, pues, de un doble diálogo entre la cultura española y la indígena, y se dirigen a un doble público. A través de ellas podemos conocer la historia de los pueblos prehispánicos y mucho de sus valores políticos y culturales, pero no sólo eso. En su afán de hacer atractiva, a ojos cristianos y propios, la vida y la cultura de sus antepasados, los historiadores indígenas produjeron mitos y símbolos perdurables: la narración de la historia de la peregrinación mexicana como una gesta heroica equiparable al éxodo del pueblo judío; el ensalzamiento de la fiereza militar de los aztecas y de su trágico fin; la concepción de la gran Tenochtitlan como centro cósmico y político de la tierra; la figura de los reyes sabios y poetas como Nezahualcóyotl, y la idea de que aborrecían secretamente los sacrificios humanos y habían ya atisbado el monoteísmo.

Estos mitos debían servir para definir y defender la identidad de las élites indígenas, pero la paradoja más amarga de esta paradójica empresa fue que este grupo perdió su importancia en la sociedad novohispana muy poco tiempo después, de manera que los descendientes de estos brillantes intelectuales no pudieron aprovechar su labor.

Los que se apropiaron de los poderosos símbolos identitarios que construyeron fueron los criollos que fundaron con ellos una nación que habría de llamarse con un nombre indígena y concebirse como heredera exclusiva de

su pasado prehispánico a la vez que marginaba y agredía a los pueblos indígenas que vivían en su territorio. —

— FEDERICO NAVARRETE

POLÍTICA

Surrealismo a la argentina

Si los argentinos tenemos algo que agradecerle a la hiperinflación es habernos permitido la insuperable experiencia del surrealismo en la vida cotidiana. Uno llegaba a la panadería, ocupaba su lugar en la fila y el pan aumentaba el 120% durante una espera que a lo mejor no era ni de dos minutos. Un kilo de carne podía cotizar en varios millones de pesos, ciertamente una cifra que doblaba o triplicaba el sueldo mínimo. Y una vez por semana, hacia las seis de la tarde, los vecinos nos reuníamos en un lugar distinto cada vez para transformarnos en las hordas de criminales que asaltaban los supermercados. El grado de locura colectiva era tal, que a un amigo le pareció lógico pedirme el voto en favor de Carlos Menem con el siguiente argumento:

—Menem está loco y el otro candidato es un tarado. Está claro que el tarado nunca va a resolver nada. En cambio, con el loco nunca se sabe y tal vez hace algo.

Lo que Menem hizo durante los diez años de gobierno posteriores a la hiperinflación fue demostrar que no estaba nada loco. O mejor dicho: que su locura consistía en la ambición desmedida del poder absoluto, algo bastante normal en los políticos de todo el mundo. Lo llamativo de su caso es que, en Menem, la impunidad era una forma de la simpatía. Las anécdotas que ilustran esa tendencia a la seducción por el abuso se cuentan de a miles y son indispensables para comprender la psicología de la Argentina reciente. Una de las historias más célebres tuvo lugar durante un verano de mediados de los noventa, cuando Menem recibió una Ferrari Testa Rossa como “agradecimiento” por los favores otorgados a un consorcio

italiano durante un sospechosísimo proceso de licitación. Con el ex presidente al volante, la Ferrari cubrió los 404 kilómetros que separan a Buenos Aires de Mar del Plata en poco menos de tres horas. “Presidente, usted llegó a Mar del Plata con un promedio superior a los 150 kilómetros por hora, pero la ley no permite ir a más de 100. ¿Cómo es posible?”, le preguntó un periodista. “Sí, es verdad lo que dice, no se puede ir a más de 100... ¡pero yo soy el presidente!”, respondió Menem. Y la mayoría de los presentes le festejó la hazaña.

Menem fue el héroe surrealista de una Argentina surrealista, el líder que cambió el éxito de la lucha antiinflacionaria por la complicidad social para hacer todo lo que quisiera. Su insólita capacidad de supervivencia se basó en el arquetipo criollo del “atorrante”, un modelo de realización personal en la clase media-baja que late, sobre todo,



Carlos Menem, atorrante.

en algunos personajes de Osvaldo Soriano o Jorge Asís —este último, embajador argentino en Francia durante el primer gobierno menemista. En la literatura universal, lo más parecido a un “atorrante” es Julien Sorel, de *Rojo y negro*. El “atorrante” es una figura de moral dudosa y cambiante, encantador y haragán, que antepone la ventaja personal por sobre todas las cosas. Ambicioso y relativamente inofensivo, el “atorrante” proviene del vértigo callejero y llega a otras culturas (la académica, la profesional, la del poder) como un impostor a su pesar, armado con el único atractivo de su carisma. El hechizo que ejerce sobre la clase media-baja se justifica porque siempre se trata de alguien que

no tiene dinero ni riquezas y, sin embargo, se las arregla para progresar. Por algo de todo esto, Menem encarnó como nadie los sueños de millones de atorrantes que lo veían en el Palacio de Buckingham con la reina de Inglaterra (sin saber una sola palabra de inglés), correr a patadas a su esposa de la residencia presidencial, ganarle un partido de golf a Bill Clinton, besuquearse con Xuxa y Claudia Schiffer y viajar por el planeta con dos peluqueros *top* incapaces de domar su bisoñé. Mientras la economía se mantuviera en cierto orden, la burguesía argentina se divertía con el atorrante que invitaba a comer pizza con champaña a Alain Delon o circulaba por las carreteras nacionales a velocidades prohibidas y temerarias. Pero ahora la desocupación ha alcanzado sus índices más altos, el riesgo-país espanta a los inversionistas extranjeros y ni siquiera quedan empresas estatales por vender. El surrealismo se evaporó y dejó al descubierto una realidad amotajada, al mando de un presidente con arterioesclerosis y una juventud que huye como en los peores tiempos de la hiperinflación. Y mientras tanto, el atorrante se casa con una ex Miss Universo a la que dobla en edad y planea su regreso al poder.

La orden de prisión preventiva a Carlos Menem no es un signo de independencia judicial, ni mucho menos de funcionamiento de las instituciones democráticas. El juez que la dictaminó está acusado de enriquecimiento ilícito y fue uno de los principales magistrados favorables al poder menemista. El dictamen fue tan apresurado que al ex presidente no se le llegó a decir de qué se lo acusa, una circunstancia que permitirá el éxito de la apelación. En términos políticos, el impacto mediático del juicio parece una jugada de Carlos Ruckauf, ex vicepresidente de Menem y actual gobernador de Buenos Aires que necesita acabar con el único liderazgo a la vista. Mientras tanto, en una finca decorada con un mural de David Alfaro Siqueiros y encerrado con una ex Miss Universo, el preso más polémico de la Argentina lee una biografía de

Napoleón y espera que pase el tiempo. Si ese lujo impune se llama justicia, la Historia tendrá algo que agradecerle a Carlos Menem: el triunfo definitivo del surrealismo nacional. —

— LEONARDO TARIFEÑO

CINE

La sobra del caudillo

La película, esa gran metáfora de quien la hace. Un Felipe Cazals más desencantado que fatigado declaró hace una década que se retiraba del cine. En veintitantos años probó desde las mieles más dulces del aplauso de crítica, público y poder (no necesariamente en ese orden ni simultáneamente) hasta el amargo sabor del cham-bismo (*Burbujas de amor*, *Desvestidas y alborotadas*), para terminar en el fracaso de una obra ambiciosa y lamentable (*Kino*) que le llevó a declarar cerrado su trato con el cine... hasta el año pasado y una de sus películas más personales y características, *Su Alteza Serenísima*. Se trataba de volver por sus fueros con un registro de los últimos tres días de uno de los caudillos más recalcitrantes e insistentes en su manía de volver por los suyos, Antonio López de Santa Anna. Se trataba de contar cómo, en su agonía, un viejo guerrero atrabancado cree en una gloria ya extinta y en un futuro que ya le ha arrebatado la Historia misma. Cualquier semejanza con la relación entre éste y otros cineastas de la guardia echeverrista y las nuevas condiciones del cine mexicano, quizá sea coincidencia.

A Felipe Cazals lo distingue aprender de sus errores, lo que no quiere decir que cada vez filme mejor, sino que, a estas alturas, ha aprendido mucho. Lo ha hecho desde su trato con esa planta carnívora que es el cine histórico, al que dejan inerte los elementos de producción y los caprichos del patrón, sea un charro megalómano (*Emiliano Zapata*), un presidente megalómano (*Aquellos años*) o la hermana megalómana de un presidente (*La Güera Rodríguez*). La magnitud de los tres fracasos, la manera como cada vez se borran más los rasgos de la personalidad

del cineasta tras una impersonalidad institucionalmente impuesta, no le mataron una afición por los personajes históricos única en su generación. Su mejor cine fue, siempre, el más pobre y directo, donde podía estallar la violencia como rostro de la política (*Canoa*, *Bajo la metralla*) o de una miseria espiritual generalizada (*La manzana de la discordia*, *El apando*, *Los motivos de Luz*, *Las inocentes*).

Su Alteza Serenísima concilia los dos extremos de Cazals en un hábil recurso narrativo: que la Historia Patria desfile ante el ex dictador resplandeciente durante sus últimos tres días de vida, encerrado en su casa. Adiós monsergas del cine épico: todos los elementos de producción se concentran en decorar con minucia obsesiva un caserón que, insólitamente en el cine mexicano, parece realmente habitado por sus personajes. Y ahí está, como un fardo agónico y pilar del relato y el espacio, un Santa Anna convertido en Alejandro Parodi. Quién sabe si hace a un gran Santa Anna o sólo hace a un gran Parodi declamando con amargura las viejas glorias del dictador, que podrían ser las de un actor veterano, toda vez que los registros filmicos del dictador son más bien escasos y hay que buscarlos en Hollywood (Carlos Arruza en *El Álamo*, una película sobre la que nadie se ha molestado en levantar la prohibición que le impuso Gobernación hace cuarenta años, y Edward James Olmos en *Seguin*) y en una fugaz aparición (Salvador Quiroz, el infalible actor de Ismael Rodríguez) en *Mexicanos al grito de guerra*.

Encerrar a la Historia, hacerla una evocación doméstica, no es nada fácil: Han Jurgen Syberberg hizo con Theodore Hierneis, el cocinero de *Ludwig* (1972), la hazaña de contar la intimidad última del rey de Baviera desde las indiscretas memorias del cocinero de la corte, pero aquí se trata de una apuesta dramática que está perdida de antemano: el ex dictador agoniza sin saberlo; afuera, inmediatamente debajo de sus aposentos, se amontona una turba que todavía espera sacarle algo pero que sirve a la esposa de Santa Anna, Dolores Tosta (Ana Berta Espín), para crearle al

viejo la ilusión de un partido, de fieles seguidores. Pero Cazals hace dos movimientos fatales: anuncia desde el principio que estamos en “el antepenúltimo día”, para que el espectador sepa de inmediato en qué va a terminar aquello, sobre todo cuando, una hora después, aparezca el fatídico “el último día”. Cancelada cualquier tensión convencional (¿en qué irá a acabar la película?), se debe sostener en el juego interno de cada escena, y lo mismo tiene momentos fulgurantes en su discreción (la exposición de la colección de prótesis del viejo, los métodos curativos de *La Salamandra* palpándole los testículos) que un desfile nunca bien resuelto de veteranos amigos del dictador (y del director) que le visitan con una misión infernal: contarle su propia vida, sus propias bajezas y triunfos, para beneficio, se supone, del espectador que no tenga idea de quién era Santa Anna. Misión de Parodi durante esas escenas: estar sentado asintiendo (ni modo) a toda la información histórica surtida por Pedro Armendáriz, Blanca Guerra en plan de agraviada, José Carlos Ruiz (su inmortal agente infiltrado en la guerrilla de *Bajo la metralla*) y Salvador Sánchez (el genial narrador de *Canoa*). Eso basta para aniquilar películas de mucho más vuelo que esta: ante la mirada de Cazals, pese a los empeños unificadores de la notable fotografía de Lorena Campbell, los elementos dramáticos chocan y se neutralizan sistemáticamente y cada episodio se acumula al anterior sin conseguir un progreso; de hecho, podría estar en otro orden sin alterar el producto.

Al final, Cazals ha desplegado su oficio para ofrecer un retrato paradójicamente contenido de una demencia política que se retroalimenta de la masa al caudillo y viceversa; pero, como su personaje, cuando pudo alcanzar la grandeza se enredó con sus ejércitos de ideas, datos, personajes, posibilidades, y acabó cediendo terreno a ese enemigo al que ha visto tan de cerca tantas veces, el fracaso por desmesura. Pero sigue aprendiendo y ya volverá a pretender el poder. —

— GUSTAVO GARCÍA

Vaquero, la fiesta se acabó

Durante los primeros cinco meses de su gestión, George W. Bush se ha servido con la cuchara glotona de la derecha estadounidense. Sin importarle que fue su maquiavélica cercanía con el centro político de los Estados Unidos lo que le dio la victoria sobre Al Gore, Bush ha retomado sus intenciones primeras y le ha dado un impulso inusitado a casi todas las causas conservadoras imaginables. Le bastaron 150 días en la oficina oval para colocar al ultraconservador John Ashcroft al frente del Departamento de Justicia, darle vuelo a un nuevo capítulo de la disparatada Guerra de las Galaxias de la era Reagan y conseguir, sin mayor ajetreo, un amplio recorte impositivo.

Pero eso no ha sido todo: las políticas de derecha de Bush no han tenido fronteras. Para empezar, desechó, de un ágil plumazo, el Protocolo de Kioto, diseñado para controlar las emisiones de gases perjudiciales a la dañada atmósfera terrestre (índice en los que Estados Unidos es campeón absoluto). Para justificar su maniobra, Bush declaró —en un simpático ataque de cinismo— que el calentamiento global no ha sido “suficientemente comprobado”. Las grandes corporaciones petroleras —tan compasivas como siempre— pegaron de brincos al ver que los millones invertidos en la causa republicana habían dado, por fin, un buen resultado. Otras linduras del naciente régimen incluyen un firme escepticismo sobre cuestiones tan importantes como la creación de la Corte Internacional de Justicia o la reducción de precios a las medicinas que controlan el sida y que son inalcanzables para la población del Tercer Mundo. El broche de oro de la política internacional de la era Bush fue ese inolvidable bombardeo a Irak, justo cuando uno de los hermosos caballos del presidente Fox estaba ya vestido y alborotado en la cumbre de Guanajuato.

Todos estos logros presidenciales fueron posibles gracias al apoyo irrestricto del poder legislativo norteamericano, que, durante esos cinco primeros meses, estuvo bajo el control de los republicanos. Tanto el Senado como la Cámara de Representantes se vieron bajo el látigo de los conservadores, quienes, tras años de desmayos y mareos por las innumerables travesuras de Bill Clinton, no quisieron perder un solo segundo para dejar clara la agenda. El líder de los senadores republicanos, Trent Lott, y su colega en la Cámara de Representantes, el ex fumigador tejano Tom De Lay, llevaban en el rostro esa sonrisa que sólo da el poder irrestricto.

La caída ha sido rápida y dolorosa. De tanto mirar al cielo, los ensoberbecidos líderes republicanos dejaron atrás a varios grupos. El más importante de todos es el pequeño —pero picoso— conjunto de legisladores republicanos moderados. Hasta hace unas semanas el senador favorito para dicha causa era John McCain, ex candidato a la presidencia que gusta de luchar por motivos más demócratas que republicanos. Sin embargo, en los últimos días de mayo surgió, de entre las sombras, un nuevo héroe. Prácticamente desconocido, inquieto tras los bastidores del Senado, el senador sorpresa desesperaba poco a poco después de haber sido tratado de manera descortés por el brazo derecho de Bush, Karl Rove, y tras haber escuchado, asombrado, cómo el presidente dejaba a un lado a los republicanos que, como él, deseaban una agenda ligeramente más sensible. James Jeffords, republicano por el olvidado estado de Vermont, tenía entre manos una sorpresa memorable: decidió darle la espalda al partido de Bush y se nombró independiente, con voto efectivo para los demócratas. El Senado asumió una mayoría demócrata y, de pronto, la luna de miel llegó a su fin.

Para la Casa Blanca de George W. Bush, la soberbia ha sido mala consejera. Pero a estas alturas no hay vuelta de hoja ni humildad que valga. El líder del Senado es ahora Tom Daschle, un

callado pero contundente senador de Dakota del Sur que será un dolor de cabeza para el dicharachero Bush (el presidente ya no podrá, se sospecha, irse a dormir diario a las nueve en punto de la noche o viajar a su rancho en Texas los fines de semana). Abundan las figuras que ahora deberán vivir en un segundo plano. Baste un ejemplo: el insoportable Jesse Helms, autor intelectual de la Helms-Burton y escéptico en jefe cuando se habla de México, perdió el liderazgo en el Comité de Relaciones Exteriores. Los nombres de peso en el Senado ya no son Lott, Helms o Hatch; ahora son Kennedy, Daschle, Kerry y, por supuesto, Jeffords.

Las consecuencias para el gobierno de Bush serán probablemente graves. Varios de los planes más arriesgados de esta administración se quedarán, literalmente, tirados en el piso del Senado. Bush puede dejar de soñar con regalarle a sus amigos petroleros la posibilidad de perforar pozos en zonas de conservación ecológica. Seguramente también deberá ir descartando su idea de desarrollar el famoso sistema antimisiles. Su plan de educación tampoco pasará. Si alguna vez quiere nominar a alguien a la Suprema Corte, deberá escoger a un juez moderado: nadie del estilo de su admirado Antonin Scalia lograría rebasar las vallas del Senado demócrata.

George W. Bush despertó, tras cinco meses de matrimonio, para darse cuenta de que las reglas del juego habían cambiado en casa. Y mientras tanto, el hombre sigue recorriendo el país desperdigando líneas canónicas. En una de sus presentaciones más recientes, recibió un doctorado honorífico de Yale, la universidad donde fue un alumno de siete y un organizador de fiestas de diez. En su discurso, el presidente de Estados Unidos dijo, con su sonsonete burlón: “y a todos los alumnos mediocres del país les digo: ¡ustedes también pueden ser el presidente de los Estados Unidos!” El Senado demócrata ni siquiera sonrió.

¡Hey, vaquero, la fiesta se acabó! —

— LEÓN KRAUZE

TAUROMAQUIA

Suerte para todos

El mundo de los toros está lleno de magia. Y de toreros supersticiosos, como Silverio Pérez, quien ha mezclado su fe católica con apreciaciones tan singulares como creer que una montera colocada sobre una cama atraerá irremediabilmente el mal fario a la hora del festejo. La mayoría de las supersticiones de los toreros proviene del temor a ser heridos o muertos por un toro. Son hombres marcados por una profunda contradicción: lo mismo creen en Dios que en el azar. Aceptan con resignación el designio divino, pero le coquetean a la suerte, jugadora de un papel preponderante en la ceremonia del sorteo, donde se determina qué toro corresponderá a cada uno en el ritual vespertino de la corrida.

Hasta antes de 1900 los toros no se sorteaban, pero los coletas se sentían igualmente atemorizados y expectantes ante la repartición caprichosa de astados que harían los ganaderos. Cabría anotar que hoy en día muchos toreros, sumidos en el conformismo, prefieren no al toro encastado que los ponga a prueba, sino al colaborador noble que los deje *estar*. “Dios te libre de un toro bravo”, sentencian los gitanos. Obsesionados con la suerte, los toreros rastrean en pueblos y ciudades hasta encontrar una “mano santa” que saque del sombrero del juez de plaza los papelillos con los números de los toros idóneos de los encierros.

La suerte está presente en todo el toreo: la suerte de varas, poner en suerte, el terreno de la suerte, la suerte natural, la suerte contraria, la suerte suprema. De hecho, con la proverbial expresión “suerte para todos” se inician siempre los festejos taurinos. El notable cronista José Alameda, un supersticioso de antología, habló del seguro azar del toreo, acaso porque la casualidad no es tan casual en el momento en que Dios dispone y tiene reservado un destino para cada quien. En este arte católico —como llamaría a los toros el mismo Alameda— no se conocen toreros ateos,

pero tampoco se sabe de uno solo que no tenga por lo menos una superstición, a no ser el rudimentario Glison, insolente burlador de la muerte cual calavera de Posada, quien osó meterse en un ataúd vestido de luces, muerto de risa, antes de partir hacia la plaza. Incluso los toreros con mejor preparación para la lidia, los de mayor solvencia técnica, ignoran la vieja premisa de que “la suerte se busca” y se dejan hipnotizar por el influjo de las cábalas.

Las supersticiones bailan su danza macabra en un *tablao* de grandes dimensiones, pues grandes llegan a ser sus alcances. No tienen otro límite que la imaginación fatalista de los diestros. Para casi todos en el ambiente, el color amarillo es de mala suerte, pues lo asocian con la tragedia de Alberto Balderras, quien, vestido de canario y plata, fue cogido mortalmente por el toro *Cobijero* —que ni siquiera le correspondía— el 29 de diciembre de 1940. Otros intentan alejarse de ella impidiendo que alguna mujer esté presente en el momento de enfundarse la taleguilla. Casi todos están atentos a que, al lanzar la montera después del brindis de la faena, ésta caiga boca abajo sobre la arena, para así cerrar el paso a los “malos espíritus”. También se recuerda la anécdota del matador *Rafaelillo*, quien, después de haber pasado por debajo de una escalera, a las dos cuerdas sintió tal pavor que hizo regresar a sus *becerras*, para pasar todos juntos a un lado de los peldaños. Y la lista es larga: culebras, gatos negros, números cabalísticos, vestidos de torear que llevaban al resultar heridos y personas *gafadas* no pueden siquiera pasar frente a sus ojos.

Por si fuera poco, hay matadores, algunos de ellos gitanos, que aderezan su existencia fuera de los ruedos con ficciones y extravagancias, como pararse de la cama con el pie derecho, llevar más alto el resorte del calcetín derecho que el del izquierdo, pisar las rayas formadas en el pavimento y presionar la tecla del número favorito en el teléfono público de la esquina. Pero eso sí —y he aquí más contradicciones—, en el buró de la habitación del hotel del que parti-

rán hacia su encuentro con la fiera no faltan los crucifijos, las veladoras, las oraciones, los recordatorios y las estampas con imágenes de vírgenes y santos.

Para entender por qué las supersticiones atenazan a los toreros y no a los deportistas, por ejemplo, habría que volver al asunto de los miedos, partiendo de la suposición de que aquel que no siente miedo no tiene supersticiones. En el ruedo, el peligro de muerte está latente y no sólo le da sentido al espectáculo, sino que es uno de sus principales atractivos. El torero no depende únicamente de sus habilidades para alcanzar el triunfo, sino también de la colaboración del toro en turno. Como la conducta del burel está fuera de su control, allí tiene un pretexto muy socorrido para ampararse, si es necesario, ante el tribunal de los fracasos.

Como sea, resulta impactante comprobar que en estos tiempos modernos, donde la ficción ha tenido que declinar ante lo práctico, toreros payos y gitanos, inmersos en su planeta fantástico, se mantengan aferrados a sus fantasmas y se resistan a vivir en la modernidad, con tal de seguir escudriñando las líneas de las manos, como si en ellas fueran a encontrar los secretos de las embestidas y la garantía del éxito. —

— HERIBERTO MURRIETA

ARTES PLÁSTICAS

Remedios Varo: su berencia bajo presión

Algunos dicen que nació en Paraná, Argentina, otros que es más española que la tortilla de patatas y las sevillanas, porque vino al mundo en Gerona, provincia de Cataluña, el 16 de diciembre de 1908. Y sí, Remedios Varo es tan hispana como trashumante desde la infancia, cuando su padre, un ingeniero hidráulico andaluz, llevaba a su familia de uno a otro continente, incluida África y, tal vez, el lejano sur americano. Esa errancia tiene, sin embargo, un primer sitio de enclave, Madrid, donde los Varo se establecen en 1917 y allí, entre paseos

por la Gran Vía y el Museo del Prado, Remedios ingresa a la Academia de San Fernando. Por esas complejidades de las familias y de la historia, cuando estalla la guerra civil un hermano de ella se alista en el ejército falangista, donde muere poco después. Pero la muchacha discreta, un poco tímida y fuerte llamada Remedios sigue los pasos de sus amigos republicanos al punto tal que, en 1939, es llevada a prisión por haber ocultado en su casa a un soldado francés. Hitler ya ha invadido París. Por entonces Remedios vive en Barcelona —epicentro de las luchas anarcosindicalistas— y hasta su casa llega el poeta surrealista francés Benjamin Peret para colaborar con la República. Peret se convierte en su pareja y con él, en 1941, Remedios arriba a México, su país de adopción, en el que muere en 1964.

Aquí, en México, como muchos otros refugiados, Remedios construyó su vida adulta y urdió su pintura definitiva, que ya pertenece al acervo artístico mexicano. En los últimos tiempos, las páginas de los periódicos capitalinos vienen informando sobre una penosa disputa por la herencia de la pintora, entre Walter Gruen y una sobrina de Remedios —hija de su hermano Rodrigo— que vive en España. Esa pugna fue iniciada y llevada a términos jurídicos por dicha sobrina. Aquí se hace necesario señalar una vez más que Gruen no sólo fue el marido de Varo desde 1952 hasta el final de su vida; fue, además, quien le proporcionó a la pintora el espacio y el tiempo para que dejara sus trabajos publicitarios de sobrevivencia y se concentrara en su producción estética. Este refugiado político del nazismo de origen austriaco, asimismo, fue un decisivo difusor y gestor del progresivo ingreso en el mercado del arte que

conoció la producción de Varo antes y después de su muerte. Y otro hecho importante: el año pasado Walter Gruen entregó en comodato al Museo de Arte Moderno de México y, por ende, al Instituto Nacional de Bellas Artes, su colección de obras pintadas por Remedios, algunas de las cuales han sido rescatadas por él a precios actuales. No olvidemos que la artista muchas veces regalaba sus obras a amigos y conocidos, poco consciente del valor pictórico de las mismas. Hay, sin duda, en esa actitud, un rasgo romántico que proviene de su filiación surrealista y de su pertenencia a una época, la de mediados de siglo, en la que el valor comercial de las obras, así como sus cualidades intrínsecas, llevaban la carga de un estigma; era la época de las utopías revolucionarias.

Remedios Varo realizó, insisto, casi toda su producción en México. Aquí definió su estilo, ese por el que obtuvo la proyección y el lugar que hoy posee. Su obra es patrimonio artístico de este país; no debe estar sujeta, por lo tanto, a miserables especulaciones de ningún miembro de la familia que, oh casualidad, aparece cuando su cotización aumenta y sus cuadros figuran en las ventas de Sotheby's. Su verdadera familia, además, es aquella que se va ganando con la vida, y esa está en México. —

— LELIA DRIBEN

ARTES PLÁSTICAS

Reloj de agua

Luis Gal, conocido por su excepcional exploración pictórica del cuerpo, se interesa ahora en el paisaje. En sus desnudos, la piel se expresa en todos los grises que caben

entre el blanco y el negro. Sus figuras tienen una condición nocturna; se entregan al letargo o aguardan un repentino despertar. El retratista se ocupa de un material a un tiempo vivo y vulnerable; celebra las formas —el triunfo de la sangre y sus invisibles recorridos—, pero también registra el corrosivo paso de las horas. Hechos de tiempo, los cuerpos de Gal revelan la herida fugacidad de la belleza.

Algo similar ocurre con su reciente apropiación del paisaje. El pintor se adentra en la maleza y las lagunas como en un organismo. Su mirada no viene de lejos; parece estar ahí desde siempre. No busca las grandes panorámicas que seducen al excursionista, sino el retrato íntimo de quien hace del ojo una prolongación del tacto: palpa hojas, granos de arena, orlas de espuma.

Gal prefiere los horarios inciertos, cuando la luz se debilita sin rendirse ante la noche. En esa frontera sombría, descubre brillos en la superficie del agua, noticias de un mundo indeciso, que habla con la inseguridad del primer día. También ante la luz opta por la ambigüedad cromática. En el mediodía de Gal, el agua se disipa en el cielo. Un incendio líquido, deslumbrante: su azul contiene todos los colores.

Estos paisajes son una experiencia del espacio, pero también del tiempo. Una cascada cae para medir las vidas verticales de los árboles, el agua capta fugitivos resplandores, la silenciosa deriva de los astros.

Con insólita fluidez, Luis Gal ha pasado del cuerpo al paisaje. Mejor: ha hecho del paisaje un cuerpo. Un trazo secreto altera la quietud del agua. En lo hondo de esa piel, el mar respira. —

— JUAN VILLORO

▼ *Paisaje marino de Luis Gal.*

